

cen las madres, habiendo tradicion de que el templo fue obra de los Cretenses; y en él enseñan ciertas lanzas y ciertos yelmos de bronce con inscripciones unos de Merion y otros de Ulises, consagrado todo en honor de las Diosas. Era esta ciudad de las mas decididas por los Cartagineses; y Nicias, uno de los ciudadanos mas principales, intentaba traerla al partido de los Romanos, hablándoles con la mayor claridad en las juntas, y tratando con aspereza á los que le contradecian; pero estos, que temian su opinion y su influjo, concibieron el designio de echarle mano y entregarle á los Cartagineses. Llególo á entender Nicias, y se resguardó andando con cautela; pero sin reserva hizo correr opiniones poco piadosas acerca de las madres, y ejecutó cosas que daban á entender que no creia y se burlaba de la aparicion; con lo que se pusieron muy contentos sus enemigos, pareciéndoles que esto era dar armas contra sí mismo para lo que tenian meditado. Cuando iban á ponerlo por obra habia junta pública de los ciudadanos: en ella Nicias empezó á hablar y persuadir al pueblo, y en medio de esto repentinamente se tiró al suelo, estando un poco como desmayado; sucedió á esto, como era natural, un gran silencio y admiracion, y entonces levantando y moviendo la cabeza con voz trémula y profunda empezó á articular, aumentando por grados el eco. Cuando vió que todo el pueblo estaba poseido de un mudo terror, arrojando el manto y rasgando la túnica, dió á correr medio desnudo hácia la salida de la plaza, gritando que las madres lo arrebatában. Nadie osaba acercársele, y menos detenerle por un temor supersticioso, sino que antes se apartaban, y así pudo encaminarse á todo correr hácia las puertas, sin omitir ninguno de los gritos y contorsiones que son propios de los endemoniados y poseídos. La mujer que estaba en el secreto, y entraba á la parte en esta maquinacion, tomando por la mano á sus hijos, empezó por postrarse delante del templo de las Diosas, y despues haciendo como que iba en busca de su marido perdido y desesperado, se marchó del pueblo sin que nadie se lo estorbaba y con toda seguridad; dirijiéndose ambos salvos por este medio á Siracusa á presentarse á Marcelo. Este, que

habia recibido muchas ofensas y agravios de los Enguyenses, marchó allá, é hizo encadenarlos á todos para tomar venganza; mas éntonces Nicias acudió á él, y empleando los ruegos y las lágrimas, asiéndole de las manos y las rodillas, le pidió por sus conciudadanos empezando por sus enemigos; y apiadado Marcelo los dejó libres á todos, sin haber causado á la ciudad la menor vejacion, y á Nicias le hizo concesion de mucho terreno, y le dió grandes presentes. Este hecho es Posidonio el filósofo quien nos le dejó escrito.

Por llamamiento de los Romanos volvió Marcelo á la guerra prolongada y doméstica, trayendo la mayor y mas rica parte de las ofrendas votivas de los Siracusanos, para que sirviesen de recreo á su vista en el triunfo y á la ciudad de ornato; porque antes no habia ni se conocia en ella objeto exquisito y primoroso, ni se veia nada que pudiera decirse gracioso, pulido y delicado: estando llena de armas de los bárbaros y de despojos sangrientos, que no hacian una vista alegre y exenta de temor y miedo propia de espectadores criados con regalo; sino que, así como Epaminondas llamaba orquesta de Marte al territorio de la Beocia, y Jenofonte á Efeso maestranza de la guerra: de la misma manera parece que cualquiera daria á Roma, segun el lenguaje de Píndaro, la denominacion de campo consagrado al belicoso Marte. Por esta causa Marcelo, que adornó la ciudad con objetos vistosos y agradables, en que se descubria la gracia y elegancia griega, se ganó la benevolencia del pueblo; pero Fabio Máximo la de los ancianos: porque no recogió esta clase de objetos, ni los trasladó de Tarento cuando la tomó, sino que los otros bienes y las otras riquezas los extrajo; pero se dejó las estatuas, pronunciando aquella sentencia tan conocida: «Dejemos á los Tarentinos sus Dioses irritados.» Reprendian pues á Marcelo, lo primero porque habia concitado odio y envidia á la ciudad, llevando en triunfo no solo hombres, sino Dioses cautivos; y lo segundo porque al pueblo acostumbrado á pelear y labrar, distante del regalo y la holgazanería, y que era á semejanza del Hércules de Eurípides,

Nada artero en el mal, para el bien recto,

le llenó de ocio y de parlanchinería sobre las artes y los artistas, haciéndose placero, y consumiendo en esto la mayor parte del día. Con todo él hacia gala aun entre los Griegos de haber enseñado á los Romanos á apreciar y tener en admiracion las preciosidades y primores de la Grecia que antes no conocian.

Oponianse los enemigos de Marcelo á que se le decretase el triunfo, porque todavía se habia quedado algo por hacer en Sicilia, y porque concitaba envidia el tercer triunfo; mas convinose con ellos en que el triunfo grande y perfecto le tendria fuera yendo la tropa al monte Albano; y en la ciudad tendria el menor, al que llaman aclamacion los Griegos y ovacion los Romanos. En este el que triunfa no va en carroza de cuatro caballos, ni se le corona de laurel ni se le tañen trompas, sino que marcha á pie con calzado llano, acompañado de flautistas en gran número y coronado de mirto, como para mostrarse pacífico y benigno, mas bien que formidable; lo que para mí es la señal mas cierta de que en lo antiguo, no tanto se distinguian entre sí ambos triunfos por la grandeza de las acciones como por su calidad; porque los que en batallá vencian de poder á poder á los enemigos gozaban á lo que parece de aquel triunfo marcial, y digámoslo así, imponedor de miedo, coronando profusamente con laurel las armas y los soldados, como se acostumbraba en las lustraciones de los ejércitos; y á los generales que sin necesidad de guerra con las conferencias y la persuasion terminaban felizmente las contiendas, les concedia la ley esta otra aclamacion y pompa pacífica y conciliadora. Porque la flauta es instrumento de paz, y el mirto es el árbol de Vénus, la mas abominadora de la violencia y de la guerra entre todos los Dioses. La ovacion no se llama así como muchos opinan de la voz griega *εὐαγωγή*, que significa *feliz canto ó aclamacion*, pues que tambien el acompañamiento del otro triunfo da voces de aplauso, y entona canciones; sino que el nombre viene de haberlo aplicado los Griegos á sus usos, creyendo que en ello habia algun particular culto á Baco, al que llamamos tambien *Euio y Triambo*. Mas aun no es de aquí de donde en verdad se

deriva, sino de que en el triunfo grande los generales sacrificaban bueyes segun el rito patrio; y en este sacrificaban una res lanar á la que los Romanos llaman oveja, y de aquí á este triunfo se le dijo ovacion. Será bueno asimismo examinar como el legislador de los Lacedemonios ordenó los sacrificios á la inversa del legislador romano; porque en Esparta el general que con estratagemas y la persuacion logra su intento, sacrifica un buey; y el que ha tenido que venir á las manos, sacrifica un gallo; y es que con todo de ser los mayores guerreros, creen que al hombre le está mejor alcanzar lo que se propone por medio del juicio y la prudencia, que no por la fuerza y el valor; quédese pues esto todavía indeciso.

Habia sido Marcelo creado cuarta vez cónsul, y sus enemigos ganaron á los Siracusanos para que se presentaran á acusarle y desacreditarle ante el Senado, por haberlos tratado con dureza contra el tenor de los pactos. Hallábase casualmente Marcelo ocupado en la solemnidad de un sacrificio en el Capitolio; y acudiendo los Siracusanos, cuando todavía estaba congregado el Senado, á pedir que se les admitiera á alegar y entablar el juicio, el colega los hizo salir, indignándose con ellos por tal intento, no hallándose Marcelo presente. Mas este, habiéndolo entendido, vino al punto y lo primero que hizo, sentándose en la silla curul, fue despachar lo que como cónsul le correspondia; y despues que lo hubo terminado, bajó de su asiento, y en pie se puso como un particular en el sitio destinado á los que van á ser juzgados, dando lugar á que los Siracusanos entablaran su peticion. Sobrecogiéronse estos sobre manera con la autoridad y confianza de tan ilustre varon; y al que en las armas habian mirado como inexorable, todavía en la toga le tuvieron por mas terrible y mas grave. Pero en fin animados por los contrarios de Marcelo, dieron principio á la acusacion, pronunciando un discurso en que con la declamacion propia del acto, iban mezclados los lamentos. Reduciase en suma á que, no obstante ser amigos y aliados de los Romanos, habian sufrido agravios de que otros generales se abstienen aun contra los enemigos. A esto respondió Marcelo,

que á pesar de las muchas ofensas y daños que habian hecho á los Romanos, no habian padecido, con haber sido tomada la ciudad á viva fuerza, mas que aquello que es imposible evitar en tales casos; y que se habian visto en tal conflicto por culpa propia, no habiendo querido escuchar sus amonestaciones: porque no habian sido violentados á pelear en defensa de sus tiranos; sino que ellos eran los que habian acalorado á estos para el combate. Concluidos los discursos salieron los Siracusanos, como es de costumbre, de la curia, y con ellos salió Marcelo, teniéndose el Senado bajo la presidencia de su colega. Detúvose á la puerta del tribunal, sin alterar su natural porte, ni por miedo al juicio, ni por indignacion contra los Siracusanos, esperando con mansedumbre y con modestia á que se pronunciase la sentencia. Luego que dados los votos se anunció que habia vencido, los Siracusanos se arrojaron á sus pies, pidiéndole con lágrimas que aplacase su ira contra ellos, y se compadeciera de la ciudad, que tenia presentes y agradecia sus beneficios: templado pues Marcelo se reconcilió con aquellos mismos, y á los demas Siracusanos les hizo siempre todo el bien que pudo; confirmando el Senado la libertad, las leyes, y aquella parte de bienes que Marcelo les habia concedido; en recompensa de lo cual, recibió tambien de los Siracusanos honores muy singulares, y entre otros el de haber hecho una ley, para que si Marcelo ó alguno de sus descendientes aportase á Sicilia, los Siracusanos tomasen coronas y con ellas sacrificasen á los Dioses. De allí partió contra Anibal; y siendo así que despues de la batalla de Canas casi todos los cónsules y generales no tuvieron otro modo de contrarrestarle que el de huirle el cuerpo, no atreviéndose ninguno á esperarle y pelear en formacion; él tomó el medio enteramente opuesto; creyendo que si con el tiempo se quebrantaba á Anibal, mas pronto quedaba con él quebrantada la Italia; y juzgando que Fabio, con atenerse siempre á la seguridad, no curaba por el modo conveniente la dolencia de la patria, pareciéndose, en el esperar á que debilitando el contrario se apagase la guerra, á aquellos médicos irresolutos y tímidos en la curacion de las

enfermedades, que aguardan á ver si se debilita la fuerza del mal. Tomó en primer lugar las principales ciudades de los Samnites que se habian rebelado; y en consecuencia de ello gran cantidad de trigo que allí habia, mucha riqueza, y los soldados de Anibal que las guarnecian, que eran unos tres mil. A poco, como Anibal hubiese dado muerte en la Apulia al procónsul Neyo Fulvio con once tribunos mas y hubiese destrozado la mayor parte del ejército, envió Marcelo cartas á Roma, exhortando á los ciudadanos á que no desmayaran, porque se ponía en marcha para desvanecer el gozo de Anibal. Acerca de lo cual dice Livio, que leidas estas cartas, no se disipó la pesadumbre; sino que se acrecentó con el miedo: por ser tanto mayor que la pérdida ya sucedida el temor de lo que recelaban, cuanto Marcelo se aventajaba á Fulvio. Aquel al punto, como lo habia escrito, marchó á la Lucania en persecucion de Anibal, y alcanzándole en las cercanías de la ciudad de Numistio, donde habia tomado posicion en unos collados bastante fuertes, él puso su campo en la llanura. Al dia siguiente se anticipó á poner en órden su ejército, y bajando Anibal, se trabó una batalla que no tuvo éxito cierto ó que fuese de importancia: con todo de que habiendo empezado á las nueve de la mañana, con dificultad cesaron despues de haber oscurecido. Al amanecer estuvo otra vez pronto con su ejército, formando entre los cadáveres, desde donde provocaba á Anibal á la batalla; mas como este se retirase, despojando los cadáveres, de los contrarios, dando sepultura á los de los amigos, se puso de nuevo á perseguirle, y habiéndose librado de las muchas asechanzas que aquel le iba armando sin dar en ninguna, superior siempre en las escaramuzas de la retirada, se atrajo una grande admiracion. Llegábase el tiempo de los comicios consulares, y el Senado tuvo por mas conveniente hacer venir de Sicilia á otro cónsul, que mover de su puesto á Marcelo en lucha continua con Anibal. Luego que llegó, le dió órden para que publicase por dictador á Quinto Fulvio: porque el que ejerce esta dignidad no es elegido ni por el pueblo, ni por el Senado; sino que presentándose ante la muchedumbre uno de los cónsules ó de los

pretores, nombra dictador á aquel que le parece : y por este dicho ó nombramiento se llama dictador el designado, porque al hablar ó pronunciar le llaman los Romanos *dicere*: aunque á otros les parece, que el dictador se llama así, porque sin necesidad de votos ó de autorizacion de otros para nada, él por sí mismo dicta lo que cree conveniente : porque tambien los Romanos á las determinaciones de los arcontes que llaman los Griegos ordenanzas, les dan el nombre de *edictos*.

Cuando vino de Sicilia el colega de Marcelo, queria que se proclamase á otro por dictador; como fuese muy ageno de su carácter el ser violentado en su opinion, se hizo de noche á la vela para Sicilia; y de este modo el pueblo nombró dictador á Quinto Fulvio : con todo el Senado escribió á Marcelo para que lo designase él mismo; y mostrándose obediente, lo ejecutó así, suscribiendo á los deseos del pueblo; y él fue otra vez designado para continuar en el mando con la dignidad de procónsul. Convino con Fabio Máximo en que este se dirigiria contra Tarento, y que él, viniendo á las manos y distrayendo á Anibal, le estorbaria que pudiera ir en socorro de los Tarentinos; en consecuencia de lo cual le acometió cerca de Canusio, y aunque este mudaba de posiciones y andaba retirándose, se le aparecia por todas partes. Finalmente, estando para fijar los reales, lo provocó con escaramuzas; y cuando iban á trabar la batalla, sobrevino la noche y los separó. Mas al dia siguiente se halló ya Anibal con que tenia ejército sobre las armas : de manera que llegó á incomodarse, y reuniendo á los Cartagineses, les rogó que en reñir aquella batalla excedieran á cuanto habian hecho en las anteriores : « Porque ya veis, les dijo, que no nos es dado reposar despues de tantas victorias, ni tener holganza siendo los vencedores, si no espantamos á este hombre; » y con esto se comenzó la batalla. Parece que en ella queriendo Marcelo usar de una estratagema que se vió ser intempestiva, cometió un yerro : porque, padeciendo el ala derecha, dió orden para que avanzara una de las legiones; y como este movimiento hubiese inducido turbacion en los que peleaban, puso con esto la victoria en manos de los enemigos;

habiendo muerto de los Romanos dos mil y setecientos hombres. Retiróse Marcelo á su campamento, y reuniendo el ejército, les dijo; que lo que era armas y cuerpos de Romanos, veia muchos; pero Romano no veia ninguno. Pidiéronle perdon, y les respondió que no podia darlo á los vencidos, y solo lo concederia si venciesen, pues al dia siguiente habian de volver á la batalla, para que sus ciudadanos oyesen antes su victoria que su fuga; y dicho esto, mandó que á las escuadras vencidas se les repartiese cebada en vez de trigo; con lo que, sin embargo de que muchos se hallaban grave y peligrosamente heridos, se dice que ninguno sintió tanto en aquella ocasion sus males, como estas palabras de Marcelo.

Al amanecer ya se vió puesta segun la costumbre la túnica de púrpura, que era el signo de que se iba á dar batalla, y pidiendo las escuadras vencidas formar las primeras, les fue concedido : sacaron luego los tribunos las demas tropas; y anunciado que le fue á Anibal : « Por Júpiter, exclamó, ¿ qué partido puede tomar nadie con un hombre que no sabe llevar ni la mala ni la buena suerte? Porque solo él no da reposo cuando vence, ni le toma cuando es vencido; sino que siempre, á lo que se ve, tendremos que estar en pelea con un general, que para ser denodado y resuelto, ora salga bien, ora salga mal, halla siempre motivo en tenerse por afrentado. » Trabáronse con esto las haces, y como de hombres á hombres se pelease de una y otra parte con igualdad, dió orden Anibal para que, colocando en la primera fila los elefantes, los opusieran á la infanteria romana. Produjo al punto esta medida gran turbacion y desórden en los que iban los primeros, y entonces tomando la insignia uno de los tribunos llamado Fabio, se puso delante, é hiriendo con el hierro de la lanza al primero de los elefantes le hizo retroceder. Pegó este con el que tenia á la espalda y le auyentó con todos los demas que le seguian. Apenas lo observó Marcelo dió orden á la caballeria para que con violencia cargara á los que estaban ya en desórden, y acabara de desconcertar y poner en huida á los enemigos. Acometieron aquellos con denuedo y siguieron acuchillando á los Cartagineses hasta su mismo campamento; y tambien los elefantes, tanto los

que morian, como los heridos, causaron gran daño, porque se dice que los muertos fueron mas de ocho mil. De los Romanos murieron unos tres mil; pero heridos lo fueron casi todos; y esto dió á Anibal la facilidad de levantar comodamente el campo y retirarse lejos de Marcelo: porque no estaba en estado de perseguirle por los muchos heridos; sino que con reposo se encaminó á la Campania, y paso el verano en Sinuesa, para que se reposieran los soldados.

Anibal luego que respiró de Marcelo, considerando su ejército como libre de toda atadura, corrió toda la Italia, poniéndola en combustion; de resultas de lo cual era en Roma desacreditado Marcelo. Sus enemigos pues acalararon, para que le acusase, á Publicio Bibulo, uno de los tribunos de la plebe, hombre violento y que poseia el arte de la palabra; el cual congregando muchas veces al pueblo, consiguió persuadirle que diera el mando á otro general, porque Marcelo dijo, habiéndose ejercitado un poco en la guerra, se ha retirado ya como de la palestra á los baños calientes, para cuidar de su persona. Llególo á entender Marcelo, y dejando encargado el ejército á los legados, marchó á Roma á vindicarse de aquellas calumnias; sobre las cuales encontró que se le habia formado causa. Señalóse dia, y reunido el pueblo en el Circo Flaminio, se levantó Bibulo á hacer su acusacion; y Marcelo se defendió, diciendo por sí mismo pocas y muy sencillas razones; pero de los primeros y mas señalados ciudadanos tomaron varios con intrepidez y energía su causa, advirtiéndole á los demas que no se mostrasen menos rectos jueces que el mismo enemigo, condenando por cobardía á Marcelo, cuando era el único general de quien aquel huia: teniendo tan resuelto no pelear con este, como pelear con los demas. Oidos estos discursos quedó el acusador tan frustrado en sus esperanzas, que no solamente fue Marcelo absuelto de los cargos, sino que se le nombró por quinta vez cónsul.

Encargado del mando, lo primero que hizo fue apaciguar en la Etruria un gran movimiento que para la rebelion se habia suscitado, visitando por sí mismo las ciudades. Quiso despues dedicar un templo que con los despojos de la Sicilia habia construido á la Gloria y á la Virtud; y como en la em-

presa le detuviesen los sacerdotes á causa de no tener por conforme que un solo templo contuviera dos divinidades, comenzó de nuevo á edificar otro, no tanto por no llevar bien aquella oposicion, como por tenerla á mal agüero. Porque concurren á sobresaltarle diferentes prodigios, como haber sido tocados del rayo algunos templos, y haber roído los ratones el oro del templo de Júpiter. Dijose tambien que un buey habia articulado voz humana, que habia nacido un niño con cabeza de elefante; por lo que los agoreros, dificultando sobre las libaciones y los conjuros, le detuvieron en Roma, á pesar de su inquietud y ardimiento: pues no hubo jamas hombre inflamado de mas vehemente deseo, que el que tenia Marcelo de terminar la guerra con Anibal. En esto soñaba por la noche; de esto conversaba con sus amigos y colegas; y su única voz para con los Dioses era que le diesen cautivar á Anibal; y si hubiera sido posible que los dos ejércitos hubiesen estado encerrados dentro de un mismo muro ó de un mismo campamento, me parece que su mayor placer habria sido luchar con él: de manera que á no hallarle tan colmado de gloria y haber dado tantas pruebas de ser un general juicioso y prudente, podria acaso decirse que en este negocio habia sido arrebatado de un ardor mas juvenil que el que á su edad convenia: porque era ya de mas de sesenta años cuando obtuvo el quinto consulado.

Hechos que fueron todos los sacrificios y purificaciones que los agoreros denunciaron, partió con su colega á la guerra; y puesto entra las ciudades de Baucia y Venusia provocó por bastante tiempo á Anibal, el cual no bajó á presentar batalla; pero habiendo entendido que aquellos habian enviado tropas á los Locros Epicefirios (1), armádoles una celada al pie de la montaña de Petelia, les mató dos mil y quinientos hombres. Enardeció mas esto á Marcelo para la batalla, y así acercó todavía mucho mas sus fuerzas. En medio de los dos campos habia un collado, que ofrecia bastante defensa, aunque poblado de muchos arbustos; el cual ademas tenia cañadas y concavidades á una y otra falda, abundando tambien en fuentes que despedian raudales de agua. Maravi-

(1) Que habitaban junto al promontorio Cefirio.

lláronse pues los Romanos de Anibal que, habiendo sido el primero á tomar posicion, no habia ocupado aquel lugar, sino que lo habia dejado á los enemigos; y es que no obstante haberle parecido á propósito para acampar, le juzgó mas propio para poner celadas; y prefiriendo el destinarle á este objeto, sembró de tiradores y lanceros la espesura y las cañadas, persuadido de que la disposicion del terreno atraeria á los Romanos: esperanza que no le salió vana: porque al momento se movió en el ejército Romano la conversacion de que era preciso ocupar aquel puesto; y echándola de generales anunciaban que serian muy superiores á los enemigos fijando allí su campo, ó fortificando aquella altura. Túvose por conveniente que Marcelo se adelantase con algunos caballos á hacer un reconocimiento; mas antes, teniendo consigo un agorero, quiso sacrificar: y muerta la primera víctima, le mostró el agorero el hígado que carecia de asidero; sacrificada luego la segunda, apareció un asidero de extraordinaria magnitud, y todo se manifestó sumamente fausto, con lo que se creyó desvanecido el primer susto; con todo los agoreros insistian en que todavía aquello inducia mayor miedo y terror, porque la mezcla de lo próspero con lo adverso debia hacer sospechar mudanza. Mas como decian Pindaro,

Al hado estatuido no le atajan
Ni fuego ardiente, ni acerado muro.

Marchó pues llevando consigo á su colega Crispino, y á su hijo, que era tribuno, con unos doscientos y veinte de á caballo, entre los cuales no habia ningun Romano, sino que los mas eran Etruscos, y como cuarenta Fregelianos, que siempre se habian mostrado obediente y fieles á Marcelo. Como el collado era, segun se ha dicho, poblado de espesura y sombrío, un hombre sentado en la eminencia estaba en observacion de los enemigos, registrando, sin ser visto, el ejército de los Romanos: y dando aviso de lo que pasaba á los lanceros, dejaron estos que Marcelo, que se adelantaba en su reconocimiento, llegase cerca, y levantándose de pronto, le cercaron á un tiempo por todas partes, y empezaron á tirar dardos, á herir y á perseguir á los fugitivos, trabando

pelea con los que hacian frente, que eran solos los cuarenta Fregelianos; pues los Etruscos fueron ahuyentados desde el principio, y estos, dando la cara se defendian protegiendo á los cónsules; hasta que Crispino herido con dos dardos, dió á huir con su caballo, y Marcelo fue traspasado por un costado con un hierro ancho, al que los Romanos llaman lanza. Entonces los pocos Fregelianos que estaban presentes, le abandonaron viéndolo ya en tierra, y arrebatando al hijo que tambien se hallaba herido, se retiraron al campamento. Los muertos fueron poco mas de cuarenta, quedando cautivos de los lictores cinco, y de los de á caballo diez y ocho. Murió tambien Crispino de sus heridas, habiendo sobrevivido muy pocos dias; y entonces por la primera vez sufrieron los Romanos un descalabro nunca antes visto, que fue morir los dos cónsules en un mismo combate.

De todos los demas hizo Anibal muy poca cuenta; pero al oír que Marcelo habia muerto, marchó inmediatamente al sitio, y parándose ante el cadáver, estuvo mucho tiempo considerando la robustez y belleza de su persona, sin proferir expresion ninguna de vanagloria, ni manifestar regocijo en su semblante, como otro quizá lo hubiera hecho, al ver muerto tan grave y poderoso enemigo; sino que admirado de lo extraño del caso, le quitó sí el anillo; pero adornando y componiendo el cuerpo con el conveniente decoro, lo hizo quemar, y recogiendo las cenizas en una urna de plata que ciño con corona de oro, las llevó al hijo. Algunos Numidas asaltaron á los que las conducian, y se arrojaron á quitarles la urna, y como los otros trataran de recobrarla, en la lucha y contienda arrojaron por el suelo las cenizas. Súpolo Anibal y prorumpio ante los que con él estaban, en la expresion de que es imposible hacer nada contra la voluntad divina; y aunque castigó á los Numidas, ya no volvió á pensar en recoger y enviar los huesos, como dando por supuesto que por alguna particular disposicion de Dios habia sucedido por un modo extraño la muerte de Marcelo, y el que quedase insepulto. Así es como lo refieren Cornelio Nepote y Valerio Máximo; pero Livio y César Augusto afirma que la urna fue llevada á poder del hijo, y que se le dió honrosa sepultura. Sin

contar las dedicaciones de Roma, consagró Marcelo un gimnasio en Catana de Sicilia, y estatuas y cuadros de los de Siracusa que colocó en Samotracia en el templo de los Dioses que llaman Cabirios, y en el templo de Minerva junto á Lindo. En este, segun dice Posidonio, se habia puesto á su estatua esta inscripcion :

El astro claro de la patria Roma,
 Descendiente de ilustres genitores
 Marcelo Claudio es, huésped, el que miras.
 La dignidad de cónsul siete veces
 Regentó en la ciudad del fiero Marte,
 Siendo de sus contrarios grande estrago.

Por lo que se echa de ver que el que hizo la inscripcion añadió á los cinco consulados los dos proconsulados que obtuvo tambien Marcelo. Su linaje permaneció siempre ilustre hasta Marcelo el sobrino de César, que era hijo de Octavia hermana de este, tenido de Cayo Marcelo. Ejerciendo la dignidad de edil de los Romanos murió recien casado, habiendo gozado muy poco tiempo de la compañía de la hija de César. En su honor y memoria su madre Octavia le dedicó una biblioteca, y César un teatro que se llamó de Marcelo.

COMPARACION DE PELOPIDAS Y MARCELO.

Lo que se deja dicho es cuanto nos ha parecido digno de referirse acerca de Marcelo y de Pelópidas; mas entre las cosas que les fueron comunes por naturaleza y por hábito, siendo por ellas justamente contrapuestos, pues ambos fueron valientes, sufridos, fogosos y de grandes alientos; parece que solo se encuentra diferencia en que Marcelo hizo derramar sangre en muchas de las ciudades que subyugó; cuando Epaminondas y Pelópidas á nadie dieron muerte despues de vencedores, ni esclavizaron las ciudades; y aun de los Tebanos se dice que no habrian tratado así á los Orcomenios, si estos hubieran estado presentes. Entre las hazañas de Marcelo las mas admirables y señaladas tuvieron lugar contra

los Galos, y fueron haber ahuyentado tan inmensa muchedumbre de infanteria y caballeria con los pocos caballos que mandaba; lo que no se dirá fácilmente de ninguno otro general, y haber dado muerte por su mano al caudillo de los enemigos; y en igual caso Pelópidas no salió con su intento, sino que fue cautivado por el tirano, recibiendo daño en lugar de causarle. Con todo á aquellas proezas pueden muy bien oponerse las batallas de Leuctras y Tegira, sumamente ilustres y celebradas. Por lo que hace á victoria conseguida por medios ocultos é insidiosos, no tenemos de Marcelo ninguna que sea comparable con la alcanzada por Pelópidas, cuando despues de su vuelta del destierro dió en Tebas muerte á los tiranos: hazaña que sobresalió mucho entre cuantas se han ejecutado en tinieblas y con asechanzas. Anibal, enemigo terrible, fatigaba á los Romanos, al modo que á los Tebanos los Lacedemonios; y es cosa bien cierta que Pelópidas los venció y puso en fuga en Tegira y en Leuctras; pero Marcelo ni una sola vez venció á Anibal, segun dice Polibio; sino que este parece haberse conservado invencible hasta Escipion. Sin embargo nosotros damos mas crédito á Livio, César y Nepote, y de los Griegos al Rey Juba, que refieren haber Marcelo derrotado y puesto en fuga algunas veces á las tropas de Anibal; bien que estos descalabros no tuvieron nunca gran consecuencia; pareciendo que era una falsa caida la que experimentó el Africano en estos encuentros. Fue ciertamente admirable, mas lo que alcanza á imaginarse, aquel que despues de tantas derrotas de ejércitos, de tantas muertes de generales, y de haber estado titubeando todo el poder de Roma, infundió ánimo en los soldados para hacer frente. Y este, que al antiguo miedo y terror sustituyó en el ejército el valor y la emulacion, hasta no ceder fácilmente sin la victoria, y antes disputarla y sostenerse con aliento y con brio, no fue otro que Marcelo: porque acostumbrados antes á fuerza de desgracias á darse por bien librados, si con la fuga escapaban de Anibal; los enseñó á tenerse por afrontados, si sobrevivian al vencimiento, á avergonzarse si un punto se movian de su puesto; y á apesadumbrarse si no salian vencedores.